

EL EVANGELIO HACIA LA CRUZ Y DESDE LA CRUZ

YO

PECADO

ORGULLO

EGOÍSMO

MI VOLUNTAD

VIEJO HOMBRE

NUEVA VIDA

GRACIA

PERDÓN

PAZ

IDENTIDAD EN CRISTO

HIJO DE DIOS

NUEVO HOMBRE

OSVALDO REBOLLEDA



EL EVANGELIO HACIA LA CRUZ Y DESDE LA CRUZ



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Corrección solo ortográfica: **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
--------------------------	----------

PARTE I: HACIA LA CRUZ

Capítulo uno:

El evangelio del Reino.....	9
------------------------------------	----------

Capítulo dos:

El diseño del Nuevo Pacto.....	14
---------------------------------------	-----------

Capítulo tres:

Dos naturalezas en conflicto.....	20
--	-----------

Capítulo cuatro:

La necesidad de la cruz.....	26
-------------------------------------	-----------

Capítulo cinco:

Tomar la cruz cada día.....	31
------------------------------------	-----------

Capítulo seis:

El engaño de una cruz incompleta.....	36
--	-----------

PARTE II: DESDE LA CRUZ

Capítulo siete:

La revelación de la muerte en Cristo.....	42
--	-----------

Capítulo ocho:

La vida de resurrección.....	47
-------------------------------------	-----------

Capítulo nueve:

La identidad en Cristo.....	52
------------------------------------	-----------

Capítulo diez:	
Obrando desde el Trono.....	57
Capítulo once:	
La fe del Hijo.....	62
Capítulo doce:	
El peligro de no vivir desde la cruz.....	67

PARTE III: **LA TENSION GLORIOSA**

Capítulo trece:	
Perfectos en Él, pero viviendo en proceso	73
Capítulo catorce:	
La dinámica del Espíritu Santo.....	78
Capítulo quince:	
Una Iglesia equilibrada.....	83
Conclusión	88
Reconocimientos.....	92
Sobre el autor.....	94



INTRODUCCIÓN

“El evangelio hacia la cruz y desde la cruz”

Hay momentos en la historia de la Iglesia en los que no es necesario un nuevo mensaje, sino una correcta comprensión del mensaje eterno. No se trata de innovar, sino de volver a la pureza, al diseño original, a la intención divina que fue revelada en Cristo y transmitida por medio de los apóstoles.

El evangelio ha sido predicado, anunciado y extendido por toda la tierra, pero no siempre ha sido comprendido en su plenitud. En muchos casos, ha sido reducido a una experiencia inicial, a una decisión emocional o a una doctrina incompleta que, aunque contiene verdad, no expresa la totalidad del propósito de Dios para el hombre. Se ha predicado la cruz... pero no siempre se ha entendido.

Para algunos, la cruz se ha convertido en un llamado constante a morir, a negarse, a rendirse, a dejar. Y aunque esto es absolutamente verdadero y necesario, cuando este énfasis se presenta de manera aislada, produce creyentes que viven en una lucha interminable, en un proceso sin fin, en una sensación constante de no estar listos, de no ser suficientes, de no haber alcanzado.

Para otros, en cambio, la cruz ha sido presentada como un evento consumado que habilita automáticamente una vida de victoria, autoridad y plenitud, sin atravesar el camino de

la negación del yo. En este caso, se forman creyentes que hablan de identidad, pero sin transformación; que declaran autoridad, pero sin rendición; que proclaman vida, pero sin haber experimentado la muerte.

Ambos enfoques contienen parte de la verdad, pero ninguno expresa la verdad completa. El evangelio no es solo un llamado hacia la cruz, ni tampoco únicamente una declaración desde la cruz. Es ambas cosas, en una perfecta armonía divina, porque la cruz no es solo el lugar donde morimos, es también el punto desde donde comenzamos a vivir.

Este libro nace de la necesidad de recuperar ese equilibrio. De volver a predicar un evangelio que conduzca al creyente a la muerte del yo, pero que al mismo tiempo lo establezca en la vida de Cristo. Un evangelio que no solo confronte la vieja naturaleza, sino que también revele la nueva. Que no solo despoje, sino que también vista. Que no solo humille, sino que también posicione.

Porque la realidad es esta: nadie puede vivir en el poder de la resurrección si no ha sido llevado a la cruz. Pero tampoco puede experimentar la plenitud del Reino si permanece únicamente enfocado en morir. La cruz es un umbral, es el lugar donde termina una vida y comienza otra.

En el misterio glorioso del evangelio, hemos sido incluidos en Cristo. Su muerte no fue solo Suya, fue también nuestra. Su resurrección no fue solo un evento histórico, sino

una realidad espiritual en la que ahora participamos. Y es desde esa verdad que somos llamados a vivir.

Sin embargo, esta realidad presenta una tensión que debe ser entendida correctamente. Por un lado, somos llamados a negarnos a nosotros mismos, a tomar la cruz cada día, a despojarnos del viejo hombre. Por otro lado, somos llamados a vivir como hijos, como herederos, como una nueva creación, completos en Cristo. No es una contradicción... es el diseño.

Este libro no busca simplemente enseñar conceptos, sino ajustar la perspectiva. No pretende ofrecer una fórmula, sino traer una revelación que ordene la vida espiritual del creyente conforme al diseño de Dios. Es un llamado a volver al evangelio completo. Un evangelio que nos lleva a la cruz... y que nos enseña a vivir desde ella.

Porque no hay trono sin cruz... pero tampoco hay propósito en la cruz si no nos conduce al trono.

Que el Espíritu Santo, quien nos guía a toda verdad, abra el entendimiento de cada lector, para que no solo comprenda estas verdades, sino que las experimente, las viva y las manifieste en su caminar diario con Cristo.

“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”.

1 Corintios 1:18

PARTE I

HACIA
LA CRUZ

Capítulo uno

EL EVANGELIO DEL REINO

***“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir:
Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”***

Mateo 4:17

El mensaje que Jesús vino a anunciar no fue simplemente una invitación a cambiar de conducta ni una propuesta religiosa centrada en la mejora moral del ser humano; fue la proclamación de un Reino, una irrupción divina en la historia que alteró para siempre la condición del hombre y su relación con Dios.

Esta declaración de arrepentimiento realizada por Juan el Bautista y luego por Jesús, no introdujo una nueva religión, sino un gobierno; no estableció un sistema de creencias humanas, sino la manifestación de la autoridad soberana de Dios sobre todo lo creado.

Durante mucho tiempo, el evangelio ha sido reducido a una experiencia inicial de conversión, a un momento emocional donde el individuo “acepta a Cristo”, como si el

propósito eterno de Dios pudiera resumirse en una decisión humana. Sin embargo, el verdadero evangelio trasciende ese punto de inicio, porque no gira en torno a lo que el hombre decide, sino a lo que Dios ha establecido en Cristo desde antes de la fundación del mundo. (Les recomiendo leer mi libro titulado “Salvados por Su gracia”)

La conversión, aunque necesaria, no es el centro; el centro es el Reino, y el Reino implica gobierno, dominio, orden y una nueva realidad espiritual en la que el creyente es introducido por la obra del Espíritu Santo. El fin no es la salvación, por el contrario, es el principio, porque la nueva naturaleza recibida en Cristo nos posiciona.

Jesús nunca presentó el evangelio como una opción entre muchas, sino como la única realidad verdadera a la cual el hombre debía someterse. Cuando enseñó a orar, dijo: ***“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”*** (Mateo 6:10). Esto revela que el propósito del evangelio no es simplemente llevar al hombre al cielo, sino traer el cielo al hombre, establecer el gobierno de Dios en la vida del creyente hasta que su voluntad sea desplazada por la voluntad divina.

Aquí es donde se hace evidente la diferencia entre un evangelio reducido y el evangelio del Reino. El evangelio reducido se enfoca en el beneficio personal: salvación, perdón, vida eterna, mientras que el evangelio del Reino se enfoca en el Señorío de Cristo, en la rendición total del hombre a un nuevo gobierno. Uno busca añadir a Dios a la

vida del individuo; el otro establece a Dios como la vida misma del individuo.

El problema de un evangelio centrado en la decisión humana es que produce creyentes que se perciben a sí mismos como el punto de referencia de su experiencia espiritual. “Yo acepté”, “yo decidí”, “yo cambié”, son expresiones que, aunque bien intencionadas, mantienen al yo en el centro del proceso.

Pero el nuevo nacimiento no es el resultado de una decisión humana, sino de una intervención divina. ***“Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:13).*** Esta verdad desmantela todo orgullo espiritual y reposiciona al creyente en la realidad de que su nueva vida no proviene de sí mismo, sino de Dios.

La regeneración, entonces, no es una mejora de la vieja naturaleza, sino la impartición de una nueva. No es el perfeccionamiento del hombre natural, sino su reemplazo en Cristo. ***“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).*** Este pasaje no habla de una modificación progresiva del viejo hombre, sino de una realidad ya establecida en el espíritu del creyente.

Cuando el evangelio es entendido correctamente, el énfasis deja de estar en la aceptación intelectual y pasa a estar en la transformación ontológica del ser. No se trata de

adherirse a una doctrina, sino de participar de una vida. No se trata de creer algo acerca de Cristo, sino de ser introducido en Cristo. Porque el propósito eterno de Dios no fue simplemente perdonar al hombre, sino incorporarlo en Su Hijo, hacerlo partícipe de Su naturaleza y establecerlo bajo Su gobierno.

Por eso, el Reino no puede ser reducido a un concepto abstracto ni a una esperanza futura. Jesús dijo claramente: ***“El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Heo aquí, o heo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros”*** (Lucas 17:20 y 21). El Reino es una realidad presente, activa y operante en aquellos que han sido trasladados del dominio de las tinieblas al reino de Su amado Hijo, como afirma Pablo en **Colosenses 1:13**.

Esta transferencia de dominio implica un cambio radical de identidad, de naturaleza y de gobierno. El creyente ya no vive bajo la autoridad de su antigua naturaleza, sino bajo el señorío de Cristo. Ya no responde a los impulsos de la carne como su fuente primaria, sino que ha sido capacitado para vivir por el Espíritu. Sin embargo, cuando el evangelio se reduce a una experiencia inicial sin una comprensión del Reino, el creyente permanece en una especie de limbo espiritual, salvo pero no gobernado, perdonado pero no transformado en su manera de vivir.

El llamado del evangelio del Reino es más profundo y más demandante, pero al mismo tiempo más glorioso. No invita al hombre a mejorar su vida, sino a perderla para

encontrarla en Cristo. ***“El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará”*** (Mateo 10:39). Este principio introduce la dinámica que se desarrollará a lo largo de este libro: el camino hacia la cruz y la vida que emerge desde ella.

El Reino no puede ser vivido sin la cruz, porque la cruz es el instrumento mediante el cual el viejo gobierno es removido y el nuevo es establecido. No se puede experimentar el gobierno de Dios sin que el gobierno del yo sea dismantelado. Por eso, todo intento de vivir el Reino sin pasar por la cruz produce una espiritualidad superficial, centrada en experiencias, pero vacía de transformación real.

Así, el evangelio del Reino nos confronta desde el inicio con una realidad ineludible: no se trata de añadir a Cristo a nuestra vida, sino de ser absorbidos en la Suya; no se trata de seguir viviendo para nosotros mismos con ayuda divina, sino de morir a nosotros mismos para que Cristo sea nuestra vida. Porque, como escribió el apóstol Pablo: ***“con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”*** (Gálatas 2:20).

Este es el evangelio que va hacia la cruz, no como un símbolo de sufrimiento externo, sino como el lugar donde el yo pierde su derecho a gobernar. Y es también el evangelio que viene desde la cruz, porque de ese mismo lugar emerge una vida completamente nueva, gobernada por Dios, sostenida por Su gracia y manifestada en poder.

Capítulo dos

EL DISEÑO DEL NUEVO PACTO

Para comprender correctamente el evangelio del Reino, es indispensable entender que nuestra salvación no comienza en la experiencia humana, sino en una realidad eterna establecida en Dios mismo.

El Nuevo Pacto no es simplemente un acuerdo entre Dios y el hombre, como si ambas partes aportaran condiciones equivalentes; es, en esencia, un pacto divino concebido en la eternidad entre el Padre y el Hijo, en el cual el hombre es incluido por gracia y no por mérito. Esta verdad cambia radicalmente la perspectiva del creyente, porque lo saca del centro de la escena y lo introduce en una obra que lo trasciende completamente.

El apóstol Pablo declara que fuimos escogidos en Cristo ***“antes de la fundación del mundo”*** (Efesios 1:4), lo cual revela que el plan redentor no fue una reacción de Dios ante la caída, sino una determinación eterna. Desde esa perspectiva, la cruz no es un accidente en la historia, sino el eje central del propósito divino.

El Hijo no vino simplemente a resolver un problema, sino a cumplir un pacto previamente establecido con el Padre, en el cual Él se ofreció como el Cordero, como lo afirma la Escritura al decir que fue ***“el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”*** (Apocalipsis 13:8).

Este entendimiento nos lleva a ver que la obra de Cristo no depende de la respuesta humana para ser válida; es perfecta, completa y suficiente en sí misma. Jesús mismo lo expresó en la cruz con una declaración que trasciende el tiempo: ***“Consumado es”*** (Juan 19:30).

En ese momento, no estaba diciendo que una parte de la obra había sido completada, sino que todo lo que el Padre le había encomendado había sido plenamente cumplido. La redención, la justificación, la reconciliación y la restauración del hombre fueron aseguradas en esa obra perfecta.

Ahora bien, si el pacto es entre el Padre y el Hijo, ¿dónde queda el hombre? Aquí es donde la revelación se vuelve profundamente gloriosa: el hombre no es el socio del pacto, sino el beneficiario incluido en Cristo. No fuimos llamados a sostener el pacto con nuestras fuerzas, sino a participar de Él por medio de nuestra unión con el Hijo. Pablo lo expresa con claridad al decir que Dios ***“nos hizo aceptos en el Amado”*** (Efesios 1:6). Esta aceptación no está basada en nuestra condición, sino en la posición que tenemos en Cristo.

La inclusión en Cristo es la clave del Nuevo Pacto. No se trata de que Dios nos mire individualmente y evalúe nuestro desempeño, sino de que nos ve en Su Hijo. Todo lo que Cristo es, lo es en representación nuestra; todo lo que Él logró, lo logró como nuestro sustituto y representante. Por eso, cuando murió, nosotros morimos en Él; cuando resucitó, nosotros resucitamos en Él; cuando fue ascendido y exaltado, nosotros fuimos sentados con Él en los lugares celestiales, como declara **Efesios 2:6**.

Este principio dismantela completamente la idea de un evangelio basado en el mérito humano. Si nuestra relación con Dios dependiera de nuestro desempeño, estaríamos constantemente oscilando entre la aceptación y el rechazo, entre la seguridad y la condenación. Pero el Nuevo Pacto no está fundamentado en lo que el hombre hace, sino en lo que Cristo ya hizo. Por eso, la gracia no es simplemente un favor inmerecido en el sentido superficial, sino el acceso a una realidad que el hombre jamás podría alcanzar por sí mismo.

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8). La fe, entonces, no es un esfuerzo humano para alcanzar a Dios, sino la respuesta del corazón a una obra ya consumada. Es el medio por el cual el creyente se apropia de lo que ya le ha sido dado en Cristo. No crea la realidad, sino que accede a ella.

Aquí es donde muchos creyentes tropiezan, porque aunque han oído acerca de la gracia, siguen viviendo como si

el Pacto dependiera de su fidelidad. Intentan sostener con disciplina lo que solo puede ser sostenido por la obra de Cristo, y terminan cayendo en frustración o en una religiosidad sin vida. Pero el Nuevo Pacto nos invita a descansar en una obra terminada, no a luchar por completar lo que ya ha sido consumado.

Esto no significa pasividad ni indiferencia espiritual, sino una transformación profunda en la manera de vivir. Cuando el creyente entiende que su posición en Dios es segura en Cristo, deja de esforzarse por ser aceptado y comienza a vivir desde la aceptación. Deja de buscar aprobación y comienza a manifestar la vida que ya le ha sido impartida. La obediencia ya no nace del temor o de la obligación, sino de una identidad establecida en la gracia.

El escritor de Hebreos presenta esta realidad con una contundencia extraordinaria al decir que Jesús es ***“el mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas”*** (Hebreos 8:6). Este Pacto es superior porque no depende de la capacidad del hombre para cumplirlo, sino de la fidelidad de Cristo. Mientras que el antiguo pacto estaba basado en la obediencia humana, el Nuevo Pacto o el llamado Pacto Eterno, está basado en la obediencia perfecta del Hijo.

Por eso, la cruz no solo revela el amor de Dios, sino también Su justicia, porque en ella se cumple completamente la demanda divina. El pecado no fue ignorado, sino juzgado en Cristo; la deuda no fue anulada sin más, sino pagada en su totalidad. De esta manera, Dios no solo puede perdonar al

pecador, sino también justificarlo, hacerlo justo delante de Él sin comprometer Su santidad.

Esta justicia no es algo que desarrollamos con el tiempo, sino algo que nos es impartido en el momento en que somos unidos a Cristo. ***“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).*** Esta declaración no deja espacio para interpretaciones parciales: no se trata de una justicia progresiva basada en nuestro comportamiento, sino de una justicia perfecta basada en la obra de Cristo.

Cuando esta verdad es comprendida, nuestro corazón es liberado de la carga del rendimiento espiritual y es introducido en una comunión basada en la vida. Ya no nos acercamos a Dios como deudores intentando pagar, sino como hijos que han sido plenamente aceptados en el Amado. Y desde esa posición, comenzamos a experimentar la transformación genuina que el Nuevo Pacto produce y propone.

Así, el diseño del Nuevo Pacto establece el fundamento sobre el cual todo lo demás se construye. No es un sistema de mejora personal ni una estructura religiosa, sino una realidad espiritual en la cual hemos sido incluidos en Cristo, sostenidos por Su gracia y llamados a vivir desde una obra consumada. Este entendimiento es esencial para avanzar hacia la cruz correctamente, porque solo aquellos que nos sabemos aceptados podemos rendirnos sin temor, y

solo quienes descansamos en la gracia podemos morir al yo sin intentar preservarnos.

De esta manera, el evangelio hacia la cruz no comienza con la exigencia de morir, sino con la revelación de que todo ya ha sido provisto en Cristo. Y es desde esa seguridad que recibimos podemos avanzar hacia la cruz, no para ganar algo, sino para alinearnos con una realidad que ya nos ha sido otorgada en el Hijo.



Capítulo tres

DOS NATURALEZAS EN CONFLICTO

Al ser introducidos en Cristo por medio del nuevo nacimiento, entramos en una realidad espiritual completamente nueva, pero no necesariamente en una experiencia inmediatamente coherente con esa realidad.

Aunque nuestro espíritu ha sido regenerado y nuestra identidad ha sido establecida en Cristo, aún habitamos en un cuerpo no redimido y convivimos con patrones, pensamientos y tendencias formadas bajo la antigua naturaleza. Esta coexistencia genera una tensión interna que, si no es comprendida a la luz del Nuevo Pacto, puede producirnos confusión, frustración e incluso estancamiento espiritual.

La Escritura presenta esta realidad con claridad al contrastar dos cabezas representativas de la humanidad: Adán y Cristo. ***“Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida” (Romanos 5:18).*** En Adán, el hombre hereda una naturaleza caída, inclinada hacia el pecado,

independiente de Dios y gobernada por sus propios deseos. En Cristo, en cambio, recibimos una nueva naturaleza, alineada con Dios, capacitada para vivir en justicia y diseñada para responder al gobierno del Espíritu.

Sin embargo, aunque esta transferencia de una esfera a otra es real y definitiva en términos espirituales, nuestra experiencia muchas veces revela una lucha persistente. Pablo describe esta tensión de manera profunda y honesta al decir: ***“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:19)***. Este conflicto no es evidencia de que la obra de Cristo sea insuficiente, sino de que aún estamos aprendiendo a vivir desde nuestra nueva identidad y no desde los impulsos de la vieja naturaleza.

Aquí es donde se vuelve crucial entender la diferencia entre la carne y el espíritu. La carne no se refiere simplemente al cuerpo físico, sino a la naturaleza humana caída, al sistema de pensamientos, deseos y reacciones que operan independientemente de Dios. El espíritu, por otro lado, es la nueva vida impartida por Dios en nuestro interior, una vida que está en perfecta comunión con Él y que responde a Su voluntad.

Pablo lo expresa de manera contundente: ***“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gálatas 5:17)***. Esta oposición no es superficial, sino estructural; son dos naturalezas con principios completamente distintos, que no pueden

reconciliarse ni coexistir en armonía. Una busca la autoafirmación; la otra, la dependencia de Dios. Una se centra en el yo; la otra, en Cristo.

El problema surge cuando algunos hermanos no logran discernir correctamente esta dinámica y comienzan a identificarse con la lucha en lugar de con la victoria que ya les ha sido otorgada en Cristo. Cuando fallan, piensan que “es así”, que su identidad está ligada a sus caídas, y terminan viviendo bajo condenación. Pero la verdad del evangelio no define al creyente por su comportamiento fluctuante, sino por nuestra posición en Cristo.

El apóstol Pablo introduce un giro glorioso en esta comprensión: ***“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1)***. Esta declaración no niega la existencia de la lucha, pero sí redefine la base desde la cual la enfrentamos. Ya no luchamos para ser aceptados, sino desde la aceptación; ya no peleamos para obtener victoria, sino desde una victoria ya establecida en Cristo.

Aquí es donde la revelación del Nuevo Pacto comienza a producir libertad real. Cuando dejamos de intentar mejorar la carne, entendiendo que la carne no puede ser reformada ni santificada; solo puede ser llevada a la cruz. Toda estrategia que busque perfeccionar la vieja naturaleza está destinada al fracaso, porque Dios no ha diseñado un proceso de rehabilitación para el viejo hombre, sino su crucifixión.

Pablo lo afirma sin ambigüedades: ***“Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6).*** Este versículo no habla de una posibilidad futura, sino de una realidad ya consumada en Cristo. El viejo hombre no debe ser mejorado; ya ha sido juzgado en la cruz.

Sin embargo, aunque esta verdad es objetiva y definitiva, su manifestación en nuestra vida es progresiva. Aquí es donde entra la importancia de renovar la mente. Porque, aunque el espíritu ha sido regenerado, la mente necesita ser alineada con la verdad de Dios para que el creyente pueda vivir de acuerdo con su nueva naturaleza. ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2).***

La lucha interna, entonces, no es un indicio de fracaso, sino un escenario donde se manifiesta la necesidad de la cruz y la obra continua del Espíritu Santo. Es en ese conflicto donde aprendemos a discernir qué proviene de la carne y qué proviene del espíritu, y comenzamos a tomar decisiones basadas en nuestra nueva identidad y no en nuestros antiguos impulsos.

A medida que esta comprensión se profundiza, dejamos de vivir de manera reactiva y comenzamos a vivir de manera intencional, alineándonos con el Espíritu. Ya no nos dejamos llevar por nuestras emociones o pensamientos

sin filtrarlos, sino que los sometemos a la verdad de Cristo. Ya no actuamos desde la independencia, sino desde la dependencia del Espíritu Santo.

Esto no elimina la lucha de manera instantánea, pero sí cambia completamente nuestra naturaleza. La lucha ya no es entre dos identidades igualmente válidas, sino entre una identidad verdadera y una naturaleza que ha sido juzgada en la cruz pero que aún intenta operar a través de hábitos y patrones arraigados. Y en ese contexto, aprendemos que la victoria no proviene del esfuerzo humano, sino de la dependencia del Espíritu Santo.

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16). Esta exhortación no es una carga, sino una invitación a vivir desde la vida que ya ha sido impartida. No se trata de reprimir la carne por fuerza de voluntad, sino de caminar en una realidad superior que hace que los deseos de la carne pierdan su dominio.

Así, la tensión entre las dos naturalezas no es un problema sin solución, sino una etapa necesaria en el proceso de madurez espiritual. Es el contexto en el cual comenzamos a entender que no podemos confiar en nosotros mismos, que nuestra suficiencia no proviene de nuestra capacidad, sino de la vida de Cristo en nosotros.

Este entendimiento prepara el terreno para la siguiente revelación: la necesidad de la cruz. Porque mientras intentemos resolver esta lucha con herramientas humanas,

permaneceremos atrapados en un ciclo de intentos y frustraciones. Pero cuando vemos que la solución no es mejorar la carne, sino llevarla a la cruz, entonces comenzamos a experimentar la verdadera libertad que el evangelio ofrece.

Entonces la cruz deja de ser un concepto teológico y se convierte en una necesidad práctica. Ya no es solo el lugar donde Cristo murió, sino el lugar donde podemos reconocer que nuestra vieja naturaleza ha sido juzgada y donde aprendemos a vivir desde la nueva vida que hemos recibido en Él.



Capítulo cuatro

LA NECESIDAD DE LA CRUZ

A medida que comenzamos a comprender la tensión interna entre la carne y el espíritu, surge una pregunta inevitable: ¿cómo se resuelve este conflicto? No mediante disciplina externa, ni por medio de un perfeccionamiento progresivo del yo, sino a través de una intervención radical y definitiva de Dios: “la cruz”.

Sin embargo, para que esta verdad produzca el efecto que Dios ha determinado, es necesario desprenderse de toda percepción superficial que ha reducido la cruz a un símbolo religioso o a una expresión emocional del sufrimiento de Cristo.

La cruz, en su esencia más profunda, no es un adorno de la fe cristiana ni un recordatorio meramente histórico; es una sentencia. Es el veredicto divino sobre la condición del hombre en Adán. No es un lugar donde el hombre es mejorado, sino donde es llevado a su fin.

Por eso, cuando Jesús comienza a revelar el camino del discipulado, no lo presenta en términos de superación personal, sino en términos de muerte: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”*** (Mateo 16:24).

Estas palabras no son una metáfora poética, sino una declaración espiritual de profundo impacto. Negarse a sí mismo no significa simplemente rechazar ciertos deseos o comportamientos, sino renunciar al derecho de autogobernarse. Es el reconocimiento de que el yo, en su estado natural, no puede ser la fuente de la vida espiritual ni el centro de la relación con Dios. Es, en esencia, el desmantelamiento de la independencia humana.

Aquí es donde muchos tropiezan, porque han sido enseñados a ver la cruz como algo que Cristo llevó para que ellos no tuvieran que enfrentarla. Sin embargo, aunque es cierto que Jesús llevó el juicio del pecado de manera sustitutiva, también es cierto que abrió un camino en el cual el creyente es llamado a participar de Su muerte. No como una obra para redimirse, sino como una respuesta a una obra ya consumada.

La cruz no es solo el lugar donde Cristo murió por nosotros, sino también el lugar donde nosotros morimos con Él. Pablo lo expresa con absoluta claridad: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado”***. Esta no es una aspiración espiritual, sino una realidad establecida. El problema no es que el creyente deba morir, sino que muchas veces no ha

visto que ya ha muerto en Cristo, y por lo tanto sigue intentando preservar lo que Dios ya ha juzgado.

La necesidad de la cruz radica precisamente en esto: el yo no puede coexistir con el gobierno de Dios. No puede ser corregido, ni refinado, ni educado hasta el punto de volverse apto para el Reino. Debe ser llevado a la cruz. Toda expresión de independencia, toda autoafirmación, todo intento de vivir la vida cristiana desde la propia capacidad, encuentra su fin en ese lugar.

Jesús lo expresó de manera contundente: ***“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará”*** (Marcos 8:35). Este principio revela una paradoja espiritual: mientras el hombre intenta conservar su vida, su identidad independiente, su control, su autosuficiencia, se aleja de la vida verdadera; pero cuando la entrega, cuando la pierde en Cristo, entonces la encuentra en una dimensión completamente nueva.

La cruz, entonces, no es opcional en la vida del creyente; es indispensable. No es una etapa para algunos más comprometidos, sino el fundamento mismo del discipulado. Sin cruz, no hay Reino manifestado, porque sin muerte del yo, no puede haber gobierno de Dios. La resistencia a la cruz es, en esencia, la resistencia al señorío de Cristo.

Sin embargo, es importante entender que esta muerte no es un esfuerzo humano por destruirse a sí mismo, ni una

forma de ascetismo espiritual donde el creyente intenta negarse mediante disciplina extrema. La negación del yo no es una obra de la carne contra la carne, sino una rendición a la obra de Dios ya realizada en la cruz. Es reconocer, por fe, que aquello que antes gobernaba ha sido juzgado, y por lo tanto ya no tiene derecho a dirigir la vida.

Aquí es donde la cruz se convierte en una experiencia práctica. No se trata simplemente de creer doctrinalmente en ella, sino de permitir que su verdad afecte cada área de la vida. En las decisiones, en las reacciones, en los pensamientos, el creyente comienza a confrontar la pregunta esencial: ¿esto proviene del yo o de Cristo? Y en ese discernimiento, aprende a rendirse, a soltar, a no aferrarse a su propia voluntad.

Este proceso no siempre es cómodo, porque implica renunciar a aquello que ha sido familiar durante años. El yo ha sido el centro de la vida por tanto tiempo que su desmantelamiento genera una sensación de pérdida. Pero es precisamente en esa aparente pérdida donde se encuentra la ganancia más grande, porque al morir el yo, se abre el espacio para que la vida de Cristo se manifieste con libertad.

Pablo lo expresa con una profundidad extraordinaria al decir: ***“Siempre llevando en el cuerpo por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Corintios 4:10).*** Aquí se revela el propósito de la cruz en la vida del creyente: no es simplemente terminar con algo, sino dar lugar a algo

infinitamente superior. La muerte no es el fin, sino el medio para la manifestación de la vida.

Por eso, la cruz no puede ser entendida correctamente si se la separa de la resurrección. No es un llamado a vivir en una constante sensación de muerte, sino a atravesar la muerte para experimentar la vida. Pero esa vida solo puede fluir en la medida en que el yo deja de ocupar el lugar que nunca le correspondió.

Negarse a sí mismo, entonces, es mucho más que un acto puntual; es una disposición continua del corazón. Es vivir reconociendo que la fuente de la vida no está en uno mismo, sino en Cristo. Es dejar de confiar en la propia capacidad y comenzar a depender completamente del Espíritu. Es, en definitiva, rendirse al gobierno de Dios.

Así, la cruz deja de ser un concepto distante y se convierte en una necesidad diaria. No como una carga pesada, sino como una puerta hacia la libertad. Porque todo aquello que el hombre intenta preservar fuera de la cruz termina esclavizándolo, mientras que todo lo que entrega en la cruz es transformado por la vida de Dios.

Este entendimiento prepara el terreno para el siguiente paso en este camino: tomar la cruz cada día. Porque, aunque la obra ha sido consumada en Cristo, su aplicación en la vida del creyente es continua. Y es en esa dinámica diaria donde la cruz deja de ser solo una verdad teológica y se convierte en una experiencia transformadora.

Capítulo cinco

TOMAR LA CRUZ CADA DÍA

Si la cruz es la sentencia definitiva sobre el yo independiente, entonces tomar la cruz cada día es la forma en que esa sentencia se manifiesta en la vida cotidiana del creyente. No se trata de repetir un acto externo ni de cargar con circunstancias difíciles interpretándolas como una cruz personal, sino de vivir en una disposición constante de rendición a la voluntad de Dios, permitiendo que la realidad de la cruz opere en lo más profundo del ser.

Jesús no presentó la cruz como un evento aislado, sino como una dinámica continua cuando dijo: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”*** (Lucas 9:23). La inclusión de la palabra “cada día” revela que no estamos ante una experiencia puntual, sino ante un proceso permanente en el cual el creyente aprende a vivir desde la muerte al yo y la dependencia del Espíritu.

Aquí es necesario hacer una distinción importante, porque durante mucho tiempo se ha interpretado erróneamente el concepto de “tomar la cruz” como soportar sufrimientos, problemas o situaciones adversas. Sin

embargo, aunque el sufrimiento puede estar presente en la vida cristiana, la cruz no se define por las circunstancias externas, sino por una realidad interna: la rendición de la voluntad propia. La cruz no es lo que nos pasa, sino lo que entregamos.

Tomar la cruz cada día implica confrontar constantemente la tendencia natural del alma a tomar control. El alma, compuesta por la mente, las emociones y la voluntad, ha sido entrenada durante años para operar de manera independiente, tomando decisiones basadas en percepciones, razonamientos y deseos propios. Pero en la vida del Reino, esa independencia ya no puede ser el motor de la existencia.

Por eso, la obra de la cruz apunta directamente al alma, no para anularla, sino para someterla al gobierno del Espíritu. Jesús lo expresó con una claridad penetrante: ***“El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Juan 12:25)***. La palabra “vida” en este contexto no se refiere al espíritu regenerado, sino al alma como centro de identidad independiente. Es esa vida la que debe ser entregada, no destruida en esencia, sino despojada de su autonomía.

Este proceso no ocurre de manera automática ni inconsciente; requiere una participación activa del creyente. No en el sentido de producir la muerte, porque esa ya fue realizada en Cristo, sino en el sentido de alinearse con esa realidad por medio de decisiones concretas. Cada vez que el

creyente elige no reaccionar desde la carne, cada vez que decide no imponerse, cada vez que renuncia a su propia voluntad para abrazar la de Dios, está tomando la cruz.

Sin embargo, este camino no puede ser recorrido por la fuerza de la voluntad humana, porque eso sería caer en una contradicción: intentar negar el yo mediante el mismo yo. Aquí es donde la obra del Espíritu Santo se vuelve indispensable. Él no solo revela la verdad de la cruz, sino que también capacita al creyente para vivir en ella. ***“Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13).***

Observemos que no dice “si hacéis morir por esfuerzo propio”, sino ***“por el Espíritu”***. Esto indica que la mortificación de la carne no es una disciplina meramente humana, sino una obra divina en la cual el creyente coopera. El Espíritu no anula la voluntad, pero la transforma, llevándola a alinearse con la voluntad de Dios.

En este sentido, tomar la cruz cada día es una vida de sensibilidad espiritual. Es aprender a discernir la voz del Espíritu en medio de los impulsos del alma, y elegir responder a esa voz. Es vivir en una actitud de dependencia, reconociendo que la vida de Cristo en nosotros es la única fuente legítima de expresión.

A medida que esta dinámica se vuelve una práctica constante, el creyente comienza a experimentar una

transformación real. Las reacciones impulsivas pierden fuerza, los pensamientos independientes son reemplazados por la mente de Cristo, y la voluntad deja de resistirse al propósito de Dios. No porque el creyente se haya vuelto más fuerte en sí mismo, sino porque ha aprendido a depender más profundamente del Espíritu.

Este proceso también implica rendir áreas específicas de la vida que muchas veces han permanecido fuera del alcance de la cruz. Relaciones, decisiones, ambiciones, expectativas, incluso la manera de servir a Dios, todo debe pasar por la cruz. Porque cualquier área que permanezca bajo el gobierno del yo se convierte en un punto de resistencia al propósito divino.

Sin embargo, lejos de ser una experiencia opresiva, tomar la cruz cada día se convierte en un camino de libertad. Porque el yo, aunque promete control y seguridad, en realidad esclaviza. Sus deseos son inestables, sus decisiones son limitadas, y su capacidad es insuficiente. Pero cuando el creyente suelta ese control y se rinde al Espíritu, comienza a experimentar una vida que no depende de sus propias fuerzas, sino del poder de Dios operando en él.

Jesús lo expresó de manera sencilla pero profunda: ***“Mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:30).*** Esto solo puede ser entendido a la luz de la cruz, porque mientras el hombre intenta vivir desde sí mismo, todo se vuelve pesado; pero cuando vive desde Cristo, incluso aquello que

implica renuncia se vuelve ligero, porque no lo sostiene en su propia fuerza.

Así, tomar la cruz cada día no es vivir en una constante sensación de pérdida, sino en una progresiva experiencia de vida. Cada rendición abre espacio para una mayor manifestación de Cristo. Cada acto de negación al yo se traduce en una expresión más clara de la naturaleza divina. Y en ese intercambio continuo, el creyente comienza a descubrir que la verdadera vida no está en conservar lo propio, sino en entregarlo.

Este camino, sin embargo, puede ser malinterpretado cuando no se tiene una visión completa del evangelio. Porque si la cruz se enfatiza sin la revelación de la vida que fluye de ella, el creyente puede caer en extremos que distorsionan la verdad. Y es precisamente allí donde surge el siguiente desafío: el engaño de una cruz incompleta.



Capítulo seis

EL ENGAÑO DE UNA CRUZ INCOMPLETA

La cruz es el centro del evangelio, pero no toda presentación de la cruz conduce a la vida. Cuando la cruz es entendida parcialmente, puede convertirse en un instrumento de carga en lugar de libertad, en un concepto que oprime en lugar de transformar. El problema no está en la cruz en sí, que es perfecta en su obra y absoluta en su eficacia, sino en la forma en que es interpretada y aplicada en la vida del creyente.

Una cruz incompleta es aquella que enfatiza un aspecto de la obra de Cristo mientras ignora o minimiza el otro. Y en ese desequilibrio nacen expresiones espirituales que, aunque pueden parecer profundas o comprometidas, en realidad mantienen al creyente en un estado de inmadurez o frustración.

Uno de los extremos más comunes es el legalismo espiritual, donde la cruz es presentada únicamente como muerte. En este enfoque, el énfasis está constantemente en negarse, rendirse, sacrificarse, pero sin una revelación clara de la vida que emerge de esa muerte. El creyente es llamado

a morir, pero nunca es introducido plenamente en la realidad de haber resucitado con Cristo.

Este tipo de enseñanza produce una espiritualidad pesada, centrada en el esfuerzo humano por mantenerse “crucificado”. Se habla de morir al yo, pero se intenta lograrlo mediante disciplina, voluntad y autoexigencia. El resultado es un ciclo interminable de intentos y frustraciones, donde el creyente nunca siente que ha muerto lo suficiente, ni que ha alcanzado el estándar que se le demanda.

Sin embargo, esta perspectiva ignora una verdad fundamental del evangelio: no solo hemos muerto con Cristo, sino que también hemos resucitado con Él. ***“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba” (Colosenses 3:1)***. La muerte sin resurrección conduce a la opresión, pero la muerte unida a la resurrección produce vida, libertad y plenitud.

En el otro extremo encontramos el emocionalismo sin transformación, donde la cruz es reducida a una experiencia sentimental. En este enfoque, se enfatiza el amor de Dios, el sacrificio de Cristo, la gracia, pero sin confrontar la realidad del yo que debe ser llevado a la cruz. Se habla de bendición, de propósito, de identidad, pero sin pasar por el proceso de rendición que hace posible la manifestación genuina de esas verdades.

Este tipo de evangelio produce creyentes que buscan constantemente experiencias espirituales, pero que no

experimentan una transformación real en su carácter. Hay emoción, hay entusiasmo, pero no hay profundidad. La cruz es admirada, pero no aplicada; es celebrada, pero no vivida.

Entre estos dos extremos surge una tercera distorsión, quizás más sutil pero igualmente peligrosa: un cristianismo centrado en el yo que “intenta morir”. Aquí el creyente ha entendido que debe negarse a sí mismo, pero lo hace desde un lugar equivocado. El yo intenta crucificarse a sí mismo, lo cual es una contradicción en esencia, porque la cruz no es una obra que el hombre realiza, sino una obra en la cual el hombre es llevado por Dios.

En este escenario, el creyente vive introspectivamente, evaluándose constantemente, midiendo su nivel de muerte, analizando sus motivaciones, intentando detectar cada expresión del yo para eliminarla. Pero en lugar de libertad, esto produce una conciencia centrada en sí mismo, donde el foco sigue siendo el yo, aunque ahora en su intento de desaparecer.

La cruz, entonces, deja de ser el lugar donde el yo es juzgado, y se convierte en un proceso interminable donde el yo se observa, se analiza y se esfuerza por cambiar. Pero el evangelio no nos llama a enfocarnos en el yo, ni siquiera para eliminarlo; nos llama a mirar a Cristo. ***“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”*** (Hebreos 12:2). Es en esa mirada donde la transformación ocurre, no en la autoobservación constante.

Una cruz incompleta, en cualquiera de estas formas, produce un cristianismo sin equilibrio. O bien el creyente vive cargado, intentando morir sin experimentar vida, o vive livianamente, buscando vida sin haber pasado por la muerte, o vive en una tensión introspectiva donde nunca descansa en la obra consumada.

El problema de fondo en todos estos casos es el mismo: la desconexión entre la cruz y la resurrección, entre la muerte y la vida. Porque el evangelio no es solo el mensaje de la cruz, sino el mensaje de Cristo crucificado y resucitado. No es solo el fin del viejo hombre, sino el inicio de una nueva creación.

Pablo lo expresa con una claridad extraordinaria al decir: ***“Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección”*** (Romanos 6:5). No hay separación entre estas dos realidades; son dos dimensiones de una misma obra. La muerte sin resurrección es incompleta, y la resurrección sin muerte es ilegítima.

Cuando el creyente recibe la revelación completa de la cruz, deja de intentar morir y comienza a creer que ha muerto. Deja de esforzarse por producir vida y comienza a vivir desde la vida que ya le ha sido dada. La cruz ya no es una carga que debe llevar, sino una realidad en la cual descansa.

Esto no elimina la dinámica diaria de tomar la cruz, pero la transforma completamente. Ya no es un intento por

alcanzar una muerte que parece lejana, sino la expresión de una muerte que ya ha sido realizada en Cristo. Y desde ese lugar, la vida comienza a fluir de manera natural, no como resultado del esfuerzo, sino como fruto de la unión con Él.

Así, el engaño de una cruz incompleta es superado cuando el creyente ve la obra en su totalidad: ha muerto con Cristo, ha resucitado con Cristo y ha sido sentado con Cristo. Esta revelación no solo corrige la doctrina, sino que transforma la experiencia. Libera de la carga del esfuerzo, rompe con la superficialidad emocional y saca al creyente del centro, colocándolo en Cristo.

Este entendimiento marca el punto de transición hacia la siguiente etapa del evangelio: no solo el camino hacia la cruz, sino la vida que emerge desde ella. Porque la cruz no es el destino final del creyente, sino el umbral hacia una dimensión completamente nueva de vida en Cristo.



PARTE II

DESDE
LA CRUZ

Capítulo siete

LA REVELACIÓN DE LA MUERTE EN CRISTO

El paso desde una vida centrada en el esfuerzo hacia una vida establecida en la gracia ocurre cuando el creyente deja de intentar morir y comienza a creer que ha muerto. Esta transición no es simplemente un ajuste doctrinal, sino una revelación espiritual que redefine completamente la experiencia cristiana. Porque mientras la cruz es el lugar donde el yo es llevado a su fin, también es el punto donde el creyente es introducido en una nueva realidad que ya no depende de sí mismo, sino de Cristo.

Pablo lo expresa de manera categórica: ***“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3)***. Esta afirmación no está dirigida a creyentes maduros como una meta futura, sino a todos los que están en Cristo como una realidad presente. El problema no es que el creyente deba morir más, sino que muchas veces no ha visto que ya ha muerto en Él. Y mientras esta verdad no sea revelada, la vida cristiana se convierte en un intento constante por alcanzar algo que ya ha sido otorgado.

Aquí es donde se vuelve fundamental distinguir entre la muerte posicional y la experiencia progresiva. La muerte posicional es aquello que Dios ha establecido en Cristo de manera perfecta, completa e irreversible. En esa dimensión, el creyente ha sido crucificado con Cristo, ha sido separado del dominio del pecado y ha sido trasladado a una nueva esfera de vida. Esta realidad no fluctúa, no depende de emociones, ni de desempeño; está asegurada en la obra consumada.

Sin embargo, la experiencia del creyente muchas veces no refleja plenamente esa verdad, porque su mente, sus hábitos y su manera de percibir la vida aún están influenciados por la antigua naturaleza. Aquí es donde entra la dimensión progresiva: no como un intento de completar la obra, sino como el proceso de alinearse con lo que ya ha sido hecho.

El error común es invertir este orden, intentando producir mediante esfuerzo lo que solo puede ser recibido por fe. Pero el evangelio nunca presenta la muerte como algo que el creyente debe lograr, sino como algo que debe reconocer. ***“Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él” (Romanos 6:6).*** La palabra “sabiendo” es clave, porque indica que la transformación comienza con una revelación, no con una acción.

La fe, entonces, se convierte en el medio por el cual el creyente accede a esta realidad. No crea la muerte, no la produce, sino que la reconoce y se posiciona en ella. Es una

fe que no mira hacia adelante esperando que algo ocurra, sino que mira hacia atrás, hacia la cruz, y afirma que todo ya ha sido consumado. Es una fe que descansa, no que lucha.

Esto transforma completamente la dinámica espiritual. El creyente deja de decir “tengo que morir” y comienza a decir “he muerto en Cristo”. Deja de esforzarse por dejar de pecar como si el pecado aún tuviera dominio legítimo sobre él, y comienza a vivir desde la verdad de que ha sido liberado de ese dominio. ***“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (Romanos 6:11).***

La palabra “consideraos” no implica imaginación ni autoengaño, sino un acto consciente de alinearse con la verdad divina. Es reconocer lo que Dios ya ha declarado como real, aun cuando la experiencia aún esté en proceso de reflejarlo plenamente. Es vivir desde la realidad espiritual, no desde la percepción natural.

Cuando esta revelación comienza a arraigarse en el corazón, el creyente experimenta un cambio profundo en su manera de enfrentar la vida. Ya no lucha contra el pecado desde una posición de debilidad, sino desde una posición de victoria. Ya no se ve a sí mismo como alguien que intenta mejorar, sino como alguien que ha sido hecho nuevo en Cristo.

Esto no significa que la lucha desaparezca de inmediato, pero sí que cambia completamente su naturaleza.

Ya no es una lucha para obtener libertad, sino para vivir en la libertad que ya ha sido otorgada. Y en ese contexto, la victoria deja de ser un objetivo distante y se convierte en una realidad accesible.

La revelación de haber muerto en Cristo también libera al creyente de la introspección constante. Ya no necesita analizarse continuamente para determinar si ha muerto lo suficiente, porque entiende que su muerte no depende de su percepción, sino de la obra de Cristo. Esto produce descanso, seguridad y una libertad interior que no está basada en el desempeño.

Pablo lo expresa de manera personal y profunda: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20)***. Observemos que no dice “estoy intentando ser crucificado”, ni “espero algún día morir completamente”, sino que habla desde una realidad establecida. Y desde esa realidad, emerge una nueva forma de vida: Cristo viviendo en él.

Aquí es donde la fe deja de ser un concepto abstracto y se convierte en una experiencia viva. Porque creer que hemos muerto en Cristo implica también creer que ahora vivimos por Él y en Él. La muerte no es el final del camino, sino el punto de partida para una vida completamente nueva.

Esta revelación es esencial para avanzar en el evangelio desde la cruz, porque sin ella el creyente permanecerá atrapado en la dimensión del esfuerzo. Pero

cuando ve que ya ha muerto, entonces está preparado para ver que también ha resucitado. Y es precisamente en esa resurrección donde la vida del Reino comienza a manifestarse con poder.



Capítulo ocho

LA VIDA DE RESURRECCIÓN

Si la cruz representa el fin del yo independiente, la resurrección revela el comienzo de una vida que ya no tiene su origen en el hombre, sino en Dios. No se trata simplemente de una continuidad mejorada de la vida anterior, sino de una dimensión completamente distinta, una vida que no procede de la carne, ni de la voluntad humana, sino del Espíritu. Es la vida misma de Cristo siendo impartida y expresada en aquellos que han sido unidos a Él.

Pablo lo expresa con una profundidad que trasciende toda comprensión natural cuando declara: ***“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección” (Filipenses 3:10).*** No está hablando de un conocimiento intelectual ni de una doctrina, sino de una experiencia espiritual donde el creyente participa activamente de la vida que levantó a Cristo de entre los muertos. Ese poder no es una energía impersonal, sino la manifestación del Espíritu de Dios operando en el interior del creyente.

La resurrección, entonces, no es solo un evento histórico que valida la identidad de Cristo, sino una realidad

presente que define la vida del creyente. ***“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:11).*** Este versículo revela que la misma fuerza que operó en la tumba ahora habita en el creyente, no como una posibilidad futura, sino como una realidad activa.

Sin embargo, esta vida de resurrección no se manifiesta automáticamente en toda su plenitud, porque su expresión está directamente relacionada con la medida en que el creyente vive desde la cruz. La resurrección no anula la cruz, sino que fluye a través de ella. Cuanto más el yo es dejado a un lado, más la vida de Cristo encuentra espacio para manifestarse.

Aquí es donde muchos se confunden, porque desean experimentar el poder de la resurrección sin haber abrazado plenamente la realidad de la cruz. Buscan manifestaciones, resultados, autoridad, pero sin haber pasado por el proceso de rendición que permite que esa vida fluya sin interferencias. Pero el orden del evangelio es claro: primero la muerte, luego la vida; primero la cruz, luego la resurrección.

La vida de resurrección se expresa, en primer lugar, como una nueva fuente de existencia. El creyente ya no vive desde sus propios recursos, ni desde su capacidad natural, sino desde la vida de Cristo en él. ***“Porque para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21).*** Esta declaración no es una

figura poética, sino una realidad espiritual donde Cristo se convierte en la fuente, el medio y el fin de la vida del creyente.

Esto implica un cambio radical en la manera de vivir. Ya no se trata de esforzarse por hacer lo correcto, sino de permitir que la vida correcta se exprese. Ya no se trata de intentar amar, sino de dejar que el amor de Cristo fluya. Ya no se trata de producir paciencia, gozo o paz, sino de vivir conectado a la fuente de donde esas realidades emanan de manera natural. Porque ***“el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe”*** (Gálatas 5:22).

Esta vida también se manifiesta en la capacidad de vivir por el Espíritu. ***“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”*** (Gálatas 5:25). Vivir por el Espíritu no es una experiencia mística reservada para unos pocos, sino la condición normal del creyente que ha comprendido su unión con Cristo. Es depender continuamente de la guía, la dirección y la energía del Espíritu Santo en cada aspecto de la vida.

Esto no significa ausencia de decisiones, sino una nueva manera de decidir. El creyente ya no toma decisiones basadas únicamente en razonamientos humanos o impulsos emocionales, sino en sensibilidad espiritual. Aprende a discernir la voz del Espíritu, a reconocer Su dirección, y a moverse en obediencia a esa guía. Y en ese proceso, la vida de Cristo se hace visible.

La resurrección también activa la nueva naturaleza. No se trata de una naturaleza potencial que espera ser desarrollada, sino de una realidad viva que ya está presente en el espíritu del creyente. ***“El que está en Cristo, nueva criatura es” (2 Corintios 5:17).*** Esta nueva creación no es una mejora de lo anterior, sino algo completamente nuevo, con nuevos deseos, nuevas inclinaciones y una nueva capacidad para responder a Dios.

Sin embargo, esta naturaleza debe ser reconocida y activada por la fe. Mientras el creyente continúe identificándose con la vieja naturaleza, seguirá experimentando sus limitaciones. Pero cuando comienza a verse a sí mismo como una nueva creación, alineándose con lo que Dios dice de él, esa vida comienza a manifestarse con mayor claridad.

La vida de resurrección no solo transforma el interior del creyente, sino que también impacta su entorno. Es una vida que se expresa, que fluye, que se manifiesta. No puede ser contenida, porque su origen no es humano. Es la vida del Reino haciéndose visible en la tierra a través de aquellos que han sido unidos a Cristo.

Jesús lo expresó de manera sencilla pero profunda: ***“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Juan 7:38).*** Esta imagen revela abundancia, movimiento y desborde. La vida de resurrección no es estática, sino dinámica; no es limitada, sino expansiva.

Así, el creyente deja de vivir como alguien que intenta sostener una vida espiritual y comienza a vivir como un canal a través del cual la vida de Dios fluye. Ya no se ve a sí mismo como la fuente, sino como el recipiente. Y en esa comprensión encuentra descanso, porque entiende que no depende de su capacidad, sino de la vida que habita en él.

Este entendimiento abre la puerta a una dimensión aún más profunda: la identidad en Cristo. Porque no solo hemos muerto y resucitado con Él, sino que ahora vivimos en Él, y desde esa unión surge una identidad completamente nueva que redefine quiénes somos y cómo vivimos.



Capítulo nueve

LA IDENTIDAD EN CRISTO

La vida de resurrección no puede ser comprendida ni experimentada plenamente si no va acompañada de una revelación clara de la identidad en Cristo. Porque la manera en que nos percibamos a nosotros mismos determinará inevitablemente la manera en que viviremos. No es lo que intentamos hacer lo que define nuestra experiencia, sino lo que creemos ser. Y en el evangelio del Reino, la identidad no se construye a partir del esfuerzo humano, sino que es otorgada por Dios en Cristo.

Desde el momento en que el creyente es unido a Cristo, su identidad anterior deja de ser la referencia principal. Ya no es definido por su pasado, por sus fallas, por su historia o por su condición natural, sino por su posición en el Hijo. Esta no es una idea motivacional ni una forma de pensar positiva, sino una realidad espiritual establecida en el Nuevo Pacto.

El apóstol Juan lo expresa con asombro y claridad: ***“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (1 Juan 3:1).*** Ser llamados hijos

no es un título simbólico ni una metáfora espiritual; es una realidad ontológica. El creyente no solo pertenece a Dios, sino que participa de Su vida, ha sido engendrado de Él y comparte Su naturaleza.

Esta verdad rompe con una mentalidad profundamente arraigada en muchos contextos religiosos, donde el creyente se ve a sí mismo principalmente como un siervo que debe esforzarse por agradar a Dios. Aunque el servicio es una expresión válida de la vida cristiana, no define la identidad. El creyente no sirve para llegar a ser hijo; sirve porque ya es hijo. Y esa diferencia es fundamental, porque transforma la motivación y la naturaleza misma de la relación con Dios.

Pablo lleva esta revelación aún más lejos al declarar: ***“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:17)***. Esta afirmación introduce una dimensión de herencia que trasciende toda comprensión natural. No se trata simplemente de recibir bendiciones, sino de participar de lo que Cristo ha recibido. Todo lo que pertenece al Hijo ha sido compartido con aquellos que están en Él.

Esto incluye no solo la vida eterna, sino también la justicia, la santidad y la posición delante del Padre. ***“Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Corintios 1:30)***. Observa que no dice que Cristo nos ayuda a alcanzar estas cosas, sino que Él mismo

es estas cosas en nosotros. Nuestra identidad no está basada en lo que logramos, sino en quién es Cristo en nosotros.

La justicia, entonces, deja de ser una meta que el creyente intenta alcanzar y se convierte en una realidad que ya le ha sido impartida. No es el resultado de un comportamiento perfecto, sino el fundamento desde el cual el creyente vive. ***“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).*** Esta paz no es una emoción fluctuante, sino la certeza de una relación restaurada y establecida en Cristo.

De la misma manera, la santidad deja de ser un estándar inalcanzable y se convierte en una expresión de la nueva naturaleza. El creyente no busca ser santo para ser aceptado, sino que vive en santidad porque ha sido hecho santo en Cristo. Esto no elimina la responsabilidad de vivir conforme a esa realidad, pero cambia completamente el punto de partida.

Cuando esta identidad no es comprendida, el creyente vive en una constante tensión, intentando ser lo que ya es. Se esfuerza por agradar a Dios, por sentirse aceptado, por alcanzar una posición que ya le ha sido otorgada. Y en ese proceso, termina agotado, frustrado o atrapado en una espiritualidad basada en el rendimiento.

Pero cuando la identidad en Cristo es revelada, todo cambia. El creyente deja de vivir desde la carencia y comienza a vivir desde la plenitud. Ya no busca ser aprobado,

porque sabe que ha sido aceptado en el Amado. Ya no intenta ganar el favor de Dios, porque entiende que ya lo tiene en Cristo.

Esto produce una transformación profunda en la manera de relacionarse con Dios. La oración deja de ser un intento por convencer a Dios y se convierte en una comunión con Aquel que ya ha abierto el acceso. La obediencia deja de ser una obligación y se convierte en una expresión natural de la vida divina. El servicio deja de ser una carga y se convierte en un desborde de lo que ya se ha recibido.

La identidad también redefine la manera en que el creyente enfrenta el pecado. Ya no se ve a sí mismo como un pecador intentando mejorar, sino como un justo que ha sido capacitado para vivir conforme a su nueva naturaleza. Esto no produce arrogancia, sino responsabilidad. Porque cuanto más claro es quién es en Cristo, más incongruente resulta vivir de una manera contraria a esa identidad.

Pablo lo expresa de manera práctica al decir: ***“Vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”*** (Efesios 4:24). Este “vestirse” no implica crear algo nuevo, sino manifestar lo que ya ha sido creado en el espíritu. Es alinear la conducta con la identidad, no para obtenerla, sino porque ya se posee.

Además, esta identidad no es individualista, sino corporativa. El creyente no solo es hijo, sino parte de un cuerpo; no solo es heredero, sino miembro de una familia

espiritual. Esto introduce una dimensión de unidad donde la identidad en Cristo se vive en comunidad, reflejando la naturaleza misma del Reino.

Finalmente, la identidad en Cristo establece el fundamento para operar en autoridad. Porque nadie puede ejercer autoridad espiritual si no sabe quién es. La inseguridad espiritual siempre produce pasividad o esfuerzo, pero la identidad produce firmeza, descanso y claridad. El creyente no actúa para probar quién es, sino desde la certeza de quién es en Cristo.

Así, la revelación de la identidad no es un complemento del evangelio, sino una pieza central en su manifestación. Porque no solo hemos muerto y resucitado con Cristo, sino que ahora vivimos en Él como hijos, herederos y participantes de Su naturaleza.

Y desde esta identidad, el siguiente paso se vuelve inevitable: aprender a vivir y a operar desde esa posición, no como quienes esperan un Reino futuro, sino como quienes han sido introducidos en él y llamados a manifestarlo.



Capítulo diez

OPERANDO DESDE EL TRONO

La revelación de la identidad en Cristo no es un fin en sí misma, sino la base desde la cual comenzamos a operar en una dimensión de autoridad espiritual que trasciende la experiencia natural. Porque no solo hemos sido hechos hijos, ni únicamente herederos, sino que hemos sido posicionados juntamente con Cristo en un lugar de gobierno. Y este posicionamiento no es simbólico ni futuro, sino una realidad espiritual presente que redefine completamente la manera en que vivimos.

Pablo lo declara con una claridad contundente: Dios *“nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”* (Efesios 2:6). Esta afirmación no describe una experiencia emocional ni una metáfora devocional, sino una posición espiritual objetiva. Debemos estar claros que no estamos intentando llegar a ese lugar; ya hemos sido colocados allí en Cristo. Y es desde esa posición que estamos llamados a vivir.

El trono, en la Escritura, representa autoridad, gobierno y dominio. No es simplemente un lugar de

descanso, sino el centro desde donde se establece la voluntad del Rey. Por eso, hablar de operar desde el trono implica entender que hemos sido introducidos en una dimensión donde no solo recibimos vida, sino que también participamos del gobierno de Dios en la tierra.

Esta verdad, sin embargo, ha sido malinterpretada en muchos contextos, llevando a extremos donde la autoridad espiritual se presenta como una herramienta para el beneficio personal o como una forma de control. Pero el verdadero gobierno en el Reino no se basa en el ego, ni en la ambición, ni en el deseo de dominar, sino en la alineación con la voluntad de Dios. No es autoridad independiente, sino autoridad delegada; no es autoexaltación, sino representación.

Jesús mismo estableció este principio cuando dijo: ***“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre” (Juan 5:19).*** Aunque Él tenía toda autoridad, nunca operó de manera independiente. Su vida fue una expresión perfecta de dependencia y obediencia. Y es precisamente ese modelo el que define cómo el creyente está llamado a ejercer la autoridad que ha recibido.

Operar desde el trono, entonces, no significa imponer la propia voluntad, sino manifestar la voluntad de Dios. Es vivir desde una comunión tan profunda con el Padre que Su propósito se convierte en el motor de cada acción. Es gobernar, no desde el esfuerzo humano, sino desde la unión con Cristo.

Pablo introduce esta dimensión con una declaración poderosa: ***“los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en vida por uno solo, Jesucristo”*** (Romanos 5:17). Este reinar no es una promesa futura únicamente, sino una realidad presente. No se trata de gobernar sobre personas, sino sobre las circunstancias, sobre las influencias espirituales y sobre todo aquello que antes dominaba al creyente.

Reinar en vida implica dejar de vivir como víctima de las circunstancias y comenzar a vivir como alguien que ha sido establecido en autoridad. No porque tenga poder en sí mismo, sino porque participa de la autoridad de Cristo. Esto cambia completamente la manera en que enfrentamos la adversidad, la tentación y los desafíos de la vida.

Sin embargo, esta autoridad solo puede ser ejercida correctamente cuando está fundamentada en la cruz. Porque cualquier intento de operar en autoridad sin haber pasado por la muerte del yo inevitablemente será contaminado por el ego. Y el ego, aun en un contexto espiritual, busca control, reconocimiento y afirmación. Por eso, el camino hacia el trono siempre pasa por la cruz.

La cruz elimina la independencia; el trono establece la dependencia. La cruz dismantela el yo; el trono manifiesta a Cristo. Y en esa dinámica, el creyente aprende que la autoridad no se ejerce desde la fuerza, sino desde la rendición; no desde la autosuficiencia, sino desde la comunión.

Operar desde el trono también implica una nueva perspectiva. El creyente ya no ve la vida desde abajo, desde las limitaciones naturales, sino desde arriba, desde su posición en Cristo. Esto no significa negar la realidad de las circunstancias, sino interpretarlas desde una verdad superior. Es ver lo temporal a la luz de lo eterno, lo visible a la luz de lo invisible.

Pablo lo expresa de manera implícita cuando dice: ***“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1)***. Buscar las cosas de arriba no es escapar de la realidad terrenal, sino vivir en ella desde una perspectiva celestial. Es actuar en la tierra con una conciencia del cielo.

Esta dimensión también se manifiesta en la autoridad espiritual sobre las fuerzas de las tinieblas. No como una lucha basada en el esfuerzo humano, sino como una expresión de la victoria de Cristo. El creyente no pelea para vencer, sino desde la victoria ya obtenida. No intenta establecer autoridad, sino que actúa desde la autoridad que ya le ha sido dada.

Jesús declaró: ***“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18)***, y luego envió a sus discípulos en esa autoridad. Esto revela que la autoridad del creyente no es independiente, sino derivada. Es una extensión de la autoridad de Cristo, ejercida en Su nombre y en alineación con Su voluntad.

Sin embargo, esta autoridad no se limita a confrontar lo espiritual, sino que se expresa también en la manera en que vivimos nuestra vida diaria. En nuestras decisiones, en nuestras palabras, en nuestras actitudes, se manifiesta el gobierno de Dios. Ya no vivimos reaccionando a lo que ocurre, sino que vivimos estableciendo una atmósfera que refleja el Reino.

Esto no significa ausencia de desafíos, sino una manera distinta de enfrentarlos. La verdad es que podemos atravesar situaciones difíciles, pero no somos definidos por ellas. Podemos experimentar oposición, pero no somos dominados por ella. Porque nuestra vida no está determinada por lo que sucede a nuestro alrededor, sino por la realidad en la que hemos sido posicionados en Cristo.

Así, operar desde el trono no es una experiencia reservada para unos pocos, sino el llamado normal de todo creyente que ha comprendido su identidad y ha abrazado la cruz. Es vivir desde la posición que Dios ha otorgado, manifestando Su gobierno en la tierra, no por esfuerzo humano, sino por la vida de Cristo operando en nuestras vidas.

Y en este contexto, surge una dimensión aún más profunda de la vida espiritual: no solo vivir por fe en Cristo, sino vivir por la fe de Cristo. Porque el siguiente nivel en esta revelación no es simplemente creer en Él, sino permitir que Su propia fe sea la que opere en nosotros.

Capítulo once

LA FE DEL HIJO

A lo largo de la vida cristiana, la fe ha sido muchas veces entendida como un esfuerzo del creyente por creer, como una capacidad que debe desarrollar o como una fuerza interior que debe fortalecer mediante disciplina espiritual. Sin embargo, el evangelio del Reino nos introduce en una dimensión mucho más profunda, donde la fe no es solo algo que ejercemos hacia Cristo, sino algo que recibimos de Cristo. No se trata únicamente de tener fe en Él, sino de vivir por la fe de Él.

Pablo expresa esta verdad con una claridad que, aunque muchas veces ha pasado desapercibida, contiene una revelación extraordinaria: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”*** (Gálatas 2:20). Observa que no dice simplemente “fe en el Hijo”, sino “la fe del Hijo”. Esto nos introduce en una realidad donde la fuente de la fe no es el creyente, sino Cristo mismo viviendo en él.

Esta distinción es fundamental, porque cambia completamente la dinámica espiritual. Mientras la fe es vista como algo que el creyente debe producir, inevitablemente estará sujeta a fluctuaciones. Habrá momentos de seguridad y momentos de duda, tiempos de confianza y tiempos de debilidad. Pero cuando la fe es entendida como una participación en la vida de Cristo, deja de depender de la capacidad humana y comienza a descansar en la fidelidad del Hijo.

Cristo no solo es el objeto de nuestra fe, sino también su origen y su consumidor. Como dice **Hebreos 12:2**, es “*el autor y consumidor de la fe*”. Esto significa que la fe verdadera no comienza en el hombre ni se perfecciona por su esfuerzo, sino que es iniciada y sostenida por Cristo mismo. Él es quien la produce, quien la mantiene y quien la lleva a su plenitud.

Cuando el creyente no comprende esta verdad, vive intentando creer. Se esfuerza por confiar, por mantenerse firme, por no dudar. Y aunque estos intentos pueden ser sinceros, muchas veces terminan en frustración, porque están basados en la capacidad humana. Pero el Nuevo Pacto no llama al creyente a producir fe, sino a vivir en la fe que ya ha sido impartida en Cristo.

Esto no elimina la responsabilidad del creyente, pero la redefine. La responsabilidad ya no es producir fe, sino rendirse a la vida de Cristo. Es dejar de confiar en la propia capacidad de creer y comenzar a depender de la fe del Hijo

que habita en nosotros. Es una transición de esfuerzo a descanso, de autoexigencia a dependencia.

La fe del Hijo es perfecta, constante e inmutable. No fluctúa según las circunstancias, no se debilita ante la oposición, no se ve afectada por las emociones. Es la fe que llevó a Cristo a obedecer hasta la muerte, la fe que lo sostuvo en medio del sufrimiento, la fe que confió plenamente en el Padre aun cuando todo parecía contrario. Y esa misma fe es la que ahora vive en el creyente.

Esto transforma radicalmente la manera en que enfrentamos la vida. Porque ya no nos preguntamos si tenemos suficiente fe, simplemente porque entendemos que nuestra suficiencia no está en nosotros mismo. Ya no vivimos evaluando nuestro nivel de confianza, sino descansando en la fidelidad de Cristo. Ya no intentamos sostenernos, sino que somos sostenidos por la vida que habita en nosotros.

Pablo lo expresa de otra manera cuando dice: ***“Todo lo puedo en aquel que me fortalece” (Filipenses 4:13)***. No está diciendo que tiene una capacidad ilimitada en sí mismo, sino que su capacidad proviene de Cristo. Esta es la esencia de la fe del Hijo: una vida vivida en dependencia total de Aquel que habita en nosotros.

Vivir por la fe del Hijo también implica una nueva manera de relacionarnos con las promesas de Dios. Esto es porque dejamos de verlas como algo que debemos alcanzar mediante nuestra fe, y comenzamos a verlas como una

realidad asegurada en Cristo. La fe ya no es un medio para convencer a Dios de actuar, sino la respuesta a lo que Dios ya ha establecido.

Esto produce una seguridad profunda. No una seguridad basada en circunstancias favorables, sino en la obra consumada. Esto hace que podamos enfrentar incertidumbre, oposición o dificultad, pero nuestra confianza no está en lo que vemos, sino en la fidelidad de Cristo. Y en esa confianza encontramos estabilidad.

Además, esta fe no es pasiva, sino activa. No es una resignación espiritual, sino una vida que se expresa con poder. Porque cuando el creyente vive por la fe del Hijo, sus acciones ya no provienen de la duda o del temor, sino de una certeza interior que no depende de lo visible. Es una fe que se manifiesta en obediencia, en autoridad, en una vida alineada con el propósito de Dios.

Sin embargo, esta dimensión solo puede ser vivida cuando el yo ha sido llevado a la cruz. Porque mientras intentemos vivir por nuestra propia fe, seguiremos operando desde nosotros mismos. Pero cuando reconocemos que nosotros ya no vivimos, sino Cristo en nosotros, entonces la fe deja de ser un esfuerzo personal y se convierte en una expresión de la vida divina.

Así, la fe del Hijo no es una doctrina más dentro del evangelio, sino una llave que abre la puerta a una vida completamente distinta. Es el punto donde dejamos de intentar sostener nuestra vida espiritual y comenzamos a ser

sostenidos por Cristo. Es el lugar donde la inseguridad es reemplazada por la certeza, y el esfuerzo por el descanso.

Desde esta revelación, se hace evidente un peligro que ha afectado a muchos creyentes: conocer la cruz, incluso hablar de ella, pero no vivir desde ella. Porque no basta con entender la muerte y la resurrección de manera doctrinal; es necesario vivir desde esa realidad. Y cuando eso no ocurre, el creyente queda atrapado en una experiencia incompleta.



Capítulo doce

EL PELIGRO DE NO VIVIR DESDE LA CRUZ

El evangelio no solo revela lo que Cristo hizo, sino también desde dónde el creyente está llamado a vivir. Y aquí se encuentra uno de los peligros más sutiles y extendidos en la vida cristiana: conocer la obra de la cruz, incluso valorarla, pero no posicionarse en ella como una realidad presente. Cuando esto ocurre, el creyente vive en una especie de transición permanente, siempre avanzando, pero nunca llegando, siempre aprendiendo, pero nunca estableciéndose.

Uno de los síntomas más evidentes de esta condición es una vida espiritual centrada en el proceso, pero desconectada de la posición. El creyente se ve a sí mismo como alguien que está “en camino”, “en crecimiento”, “en desarrollo”, lo cual es cierto en una dimensión, pero cuando esa es la única perspectiva, se pierde la base de la seguridad. Vive esperando ser lo que ya es, buscando alcanzar lo que ya le ha sido dado, y en ese intento constante, se debilita su identidad.

Pablo confronta esta mentalidad al afirmar: *“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los*

santificados” (Hebreos 10:14). Esta declaración no niega el proceso de santificación, pero establece una verdad superior: en Cristo, hemos sido perfeccionados de manera definitiva. No estamos avanzando hacia la perfección como si fuera una meta lejana, sino aprendiendo a vivir desde una perfección que ya hemos recibido.

Cuando esta verdad no es comprendida, el creyente queda atrapado en una espiritualidad basada en el esfuerzo continuo. Siempre hay algo más que lograr, algo más que corregir, algo más que alcanzar. Y aunque el deseo de crecer es legítimo, cuando no está fundamentado en la obra consumada, se convierte en una carga. La vida cristiana deja de ser un fluir y se transforma en una lucha constante por sostenerse.

Otro peligro evidente es la falta de autoridad espiritual. Cuando el creyente no vive desde la cruz, sigue viéndose a sí mismo desde la perspectiva de su condición natural. Se percibe débil, inestable, insuficiente, y desde esa percepción intenta enfrentar la vida espiritual. Pero la autoridad no puede ser ejercida desde la inseguridad. Solo quien sabe quién es en Cristo puede actuar con firmeza.

Jesús nunca operó desde la duda acerca de Su identidad. Su autoridad fluía de Su relación con el Padre y de la certeza de quién era. De la misma manera, nosotros solo podemos manifestar autoridad espiritual cuando vivimos desde la revelación de nuestra unión con Cristo. Pero si permanecemos en una mentalidad de “proceso constante” sin

posicionarse en la cruz, esa autoridad queda limitada o anulada en la práctica.

Esto se traduce en una vida espiritual reactiva en lugar de gobernante. El creyente responde a las circunstancias en lugar de establecer una atmósfera; reacciona ante la presión en lugar de ejercer dominio; lucha por mantenerse firme en lugar de vivir desde la firmeza. Y todo esto no porque la autoridad no le haya sido dada, sino porque no está viviendo desde la posición donde esa autoridad se manifiesta.

Además, no vivir desde la cruz produce estancamiento en la madurez espiritual. Aunque el creyente pueda acumular conocimiento, experiencias o incluso años dentro de la fe, su crecimiento real se ve limitado porque no ha hecho la transición de esfuerzo a descanso, de proceso a posición, de intento a manifestación.

El escritor de Hebreos advierte sobre esta condición cuando dice: ***“Debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios”*** (Hebreos 5:12). Esto revela que es posible avanzar en el tiempo sin avanzar en la madurez, permanecer en un ciclo de aprendizaje sin entrar en una vida establecida.

La raíz de este estancamiento muchas veces está en no haber comprendido que la vida cristiana no se construye desde abajo hacia arriba, sino que se recibe desde arriba hacia abajo. No se trata de escalar espiritualmente hasta alcanzar

una posición, sino de vivir desde la posición que ya ha sido otorgada en Cristo.

Otro aspecto importante es que no vivir desde la cruz mantiene al yo en una forma sutil de operación. Aunque el creyente hable de gracia, de fe, de Cristo, en la práctica sigue dependiendo de sí mismo. Intenta sostener su vida espiritual, controlar su crecimiento, medir su progreso. Y en ese intento, el yo sigue ocupando un lugar que ya no le corresponde.

Esto genera una contradicción interna, porque el creyente sabe que debe depender de Dios, pero vive dependiendo de sí mismo. Y esa tensión produce agotamiento, frustración e incluso desánimo. Muchos abandonan la profundidad espiritual no porque no deseen avanzar, sino porque han intentado hacerlo desde un lugar equivocado.

Sin embargo, el evangelio ofrece una salida clara: vivir desde la cruz. No como un concepto, sino como una realidad. Reconocer que hemos muerto con Cristo, que hemos resucitado con Él y que hemos sido posicionados en Él. Y desde esa revelación, comenzar a vivir.

Esto no elimina el proceso, pero lo redefine. El proceso ya no es un intento por llegar, sino una manifestación de lo que ya se es. El crecimiento ya no es una lucha por alcanzar, sino una expresión de una vida que ya ha sido impartida. La madurez ya no es un objetivo lejano, sino el resultado natural de vivir desde la verdad.

Así, el peligro de no vivir desde la cruz no es simplemente doctrinal, sino profundamente práctico. Afecta la identidad, la autoridad, la madurez y la experiencia diaria del creyente. Pero cuando esta verdad es abrazada, todo cambia. La vida cristiana deja de ser una carga y se convierte en un fluir. El esfuerzo es reemplazado por el descanso, y la inseguridad por la certeza.

Este entendimiento nos introduce en una dimensión aún más profunda, donde dos realidades aparentemente opuestas comienzan a coexistir: la perfección en Cristo y el proceso en la experiencia. Y es en esa tensión donde se desarrolla una madurez equilibrada y genuina.



PARTE III

LA TENSIÓN GLORIOSA

Capítulo trece

PERFECTOS EN ÉL, PERO VIVIENDO EN PROCESO

A medida que el creyente avanza en la revelación del evangelio, se encuentra con una aparente tensión que, si no es comprendida correctamente, puede generar confusión o desequilibrio. Por un lado, la Escritura afirma de manera contundente que hemos sido perfeccionados en Cristo; por otro, muestra claramente que estamos en un proceso de transformación. Esta dualidad no es una contradicción, sino una expresión de dos dimensiones que coexisten dentro del Nuevo Pacto: la posición y la experiencia.

Pablo presenta esta realidad con una profundidad notable cuando escribe: ***“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús”*** (Filipenses 3:12). Aquí, el mismo apóstol que declara haber sido perfeccionado en Cristo reconoce que aún está en un proceso.

Esto no es incoherencia, sino revelación. En su posición, ya ha sido hecho perfecto; en su experiencia, está siendo transformado. Por eso unos versículos después el

mismo apóstol expresa lo siguiente: ***“Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sentimos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios”*** (Filipenses 3:15). Entre el no creo que ya sea perfecto, y todos los que somos perfectos, hay una revelación entre lo recibido y los procesos de manifestación.

Esta distinción es fundamental para una vida espiritual saludable. Porque cuando el creyente enfatiza únicamente la perfección en Cristo sin reconocer el proceso, puede caer en una espiritualidad superficial, donde ignora áreas que aún necesitan ser alineadas con la verdad. Pero cuando enfatiza únicamente el proceso sin afirmarse en la perfección, cae en esfuerzo, inseguridad y frustración. El equilibrio se encuentra en abrazar ambas realidades simultáneamente.

La perfección en Cristo no es progresiva, es completa. No depende del crecimiento del creyente ni de su nivel de madurez. Es una realidad establecida en el momento en que es unido a Cristo. ***“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”*** (Hebreos 10:14). Esta perfección no describe el comportamiento, sino la posición. El creyente es visto por Dios en Cristo, plenamente aceptado, plenamente justo, plenamente reconciliado.

Sin embargo, la experiencia del creyente se desarrolla en el tiempo. Sus pensamientos, sus emociones, sus decisiones, están siendo transformados a medida que la verdad se hace vida en él. Este proceso no busca completar lo que falta, sino manifestar lo que ya es. No es una

construcción desde cero, sino una revelación progresiva de una realidad ya establecida.

Pablo lo expresa de otra manera al decir: ***“Mas todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen” (2 Corintios 3:18).*** La transformación ocurre al contemplar, no al esforzarse. Es el resultado de ver a Cristo, de permanecer en Él, de permitir que Su vida se refleje en nosotros.

Aquí es donde la tensión se vuelve gloriosa, porque no genera conflicto, sino crecimiento. El creyente puede reconocer sus áreas de debilidad sin perder su identidad; puede ver lo que aún necesita ser transformado sin sentirse rechazado. Ya no se define por su proceso, sino por su posición. Y desde esa seguridad, puede avanzar sin temor.

Esta comprensión también protege contra el desánimo. Porque en el proceso habrá momentos donde la experiencia no refleje plenamente la realidad espiritual. Habrá luchas, caídas, desafíos. Pero el creyente ya no interpreta estas situaciones como evidencia de fracaso, sino como parte del proceso de alineación. Sabe que su posición no ha cambiado, y desde esa certeza, continúa avanzando.

Al mismo tiempo, esta verdad protege contra la complacencia. Porque, aunque seamos perfectos en Cristo, no estamos llamados a ignorar el proceso. La gracia no es una excusa para permanecer igual, sino el poder que impulsa la

transformación. La identidad no elimina la responsabilidad, sino que la redefine. Nosotros no necesitamos cambiar para ser aceptados, pero tampoco permanece igual porque ya hemos sido aceptados.

Esta dinámica produce una madurez equilibrada. Ya no vivimos obsesionados con nuestro desempeño, pero tampoco somos indiferentes a nuestro crecimiento. No nos esforzamos por ser algo que ya somos, pero tampoco ignoramos el llamado a manifestarlo. Vivimos en una tensión que no oprime, sino que impulsa.

Además, esta tensión revela la importancia de mantener la mirada en Cristo. Porque es en Él donde ambas realidades se encuentran. En Él somos perfectos; en Él somos transformados. Cuando la mirada se desvía hacia uno mismo, el equilibrio se pierde. O bien el creyente se enfoca en sus fallas y cae en condenación, o se enfoca en su posición y pierde sensibilidad hacia el proceso. Pero cuando miramos a Cristo, encontramos el punto de equilibrio.

Esto también redefine la manera en que se mide la madurez espiritual. Ya no se basa únicamente en el comportamiento externo, ni en el conocimiento acumulado, sino en la capacidad de vivir desde la posición en Cristo mientras se avanza en el proceso de transformación. La madurez no es ausencia de lucha, sino estabilidad en medio de ella.

Pablo refleja esta estabilidad cuando dice: ***“Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta”*** (Filipenses 3:13 y 14). Pablo no vivió anclado a su pasado, sabiendo que había sido un religioso perseguidor y asesino de cristianos, ni vivió paralizado por sus limitaciones presentes, sino que vivió enfocado en la nueva naturaleza que había recibido en Cristo y en su manifestación progresiva.

Así, la tensión entre ser perfectos en Él y estar en proceso en nosotros no es un problema a resolver, sino una verdad a abrazar. Es el espacio donde la gracia y la verdad se encuentran, donde la identidad y la transformación se integran, donde aprendemos a vivir en equilibrio.

Y es precisamente en esta dinámica donde la obra del Espíritu Santo se vuelve central. Porque es Él quien hace posible que esta tensión no se convierta en conflicto, sino en crecimiento. Es Él quien mortifica la carne, revela la identidad y nos posiciona continuamente en la verdad de Cristo.



Capítulo catorce

LA DINÁMICA DEL ESPÍRITU SANTO

La vida cristiana no puede ser vivida por principios, por conocimiento doctrinal ni por disciplina humana. Todo lo que ha sido revelado en el evangelio, la cruz, la resurrección, la identidad, la autoridad, permanece como una realidad inaccesible en la práctica si no es por la obra activa y constante del Espíritu Santo. Él no es un complemento de la vida espiritual, ni una ayuda ocasional; es el agente divino mediante el cual la vida de Cristo se hace real en nuestro ser.

Jesús lo expresó con absoluta claridad al decir: ***“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”*** (Juan 16:13). Esta guía no es meramente informativa, sino transformadora. El Espíritu no solo nos enseña acerca de la verdad, sino que también nos introduce en ella, la hace viva, la aplica, la revela en lo profundo de nuestro ser.

En el contexto de la cruz y la vida de resurrección, el Espíritu Santo cumple tres funciones fundamentales que operan de manera simultánea y continua: mortifica la carne, revela la identidad y nos posiciona en Cristo. Estas tres

dimensiones no están separadas, sino que forman parte de una misma dinámica que nos conduce a la madurez espiritual.

En primer lugar, el Espíritu mortifica la carne. Esto no significa que luchamos contra nosotros mismos, sino que el Espíritu aplica la obra de la cruz en aquellas áreas donde la vieja naturaleza intenta seguir operando. ***“Porque si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13).*** Aquí vemos nuevamente que no es un esfuerzo humano, sino una obra divina en la cual nosotros simplemente cooperamos.

El Espíritu Santo no condena, pero sí confronta. No acusa, pero sí ilumina. Trae a la luz aquello que no está alineado con la vida de Cristo, no para producir culpa, sino convicción, para llevarnos a la rendición. Y en esa rendición, la carne pierde su influencia, no por represión, sino por la manifestación de una vida superior.

En segundo lugar, el Espíritu revela la identidad. Él es quien testifica en nuestro interior, quienes somos en Cristo. ***“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16).*** Esta no es una afirmación mental, sino una convicción espiritual profunda que transforma la manera en que el creyente se percibe a sí mismo.

Sin esta revelación, la identidad en Cristo permanece como un concepto doctrinal. Pero cuando el Espíritu la hace viva, el creyente deja de verse a través de su pasado, de sus

fallas o de sus limitaciones, y comienza a verse desde la perspectiva de Dios. Y esa nueva percepción produce una nueva forma de vivir.

El Espíritu no solo declara quiénes somos, sino que nos hace conscientes de esa realidad en medio de la vida diaria. En medio de la lucha, nos recuerda la victoria; en medio de la debilidad, afirma nuestra fortaleza en Cristo; en medio de la duda, establece la verdad. Es una obra constante, silenciosa pero poderosa, que va renovando la mente y alineando el corazón.

En tercer lugar, el Espíritu nos posiciona en Cristo. Esto significa que no solo nos revela una verdad, sino que nos capacita para vivir en ella. No se limita a mostrar la cruz, sino que nos introduce en su realidad; no solo habla de la resurrección, sino que activa Su vida en nuestro ser.

Jesús dijo: “*Permaneced en mí, y yo en vosotros*” (**Juan 15:4**), pero es el Espíritu quien hace posible esa permanencia. Él es quien nos mantiene conectados a la vida de Cristo, quien nos sostiene en esa unión, quien nos permite vivir desde esa realidad. Sin Él, la vida en Cristo sería un ideal inalcanzable; con Él, se convierte en una experiencia continua.

Esta dinámica del Espíritu también redefine la manera en que el creyente vive su proceso. Ya no se trata de intentar cambiar, sino de rendirse a la obra que el Espíritu está

haciendo. Ya no se trata de esforzarse por mejorar, sino de cooperar con una transformación que ya está en marcha.

Esto produce una vida de dependencia consciente. El creyente reconoce que no puede vivir la vida cristiana por sí mismo, y en lugar de intentarlo, aprende a depender del Espíritu en cada área. En sus decisiones, en sus reacciones, en su caminar diario, busca la guía, la dirección y la fuerza que solo el Espíritu puede dar.

Pablo lo resume de manera sencilla pero profunda: ***“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:14)***. La guía del Espíritu no es una experiencia ocasional, sino la evidencia de una vida que ha sido entregada al gobierno de Dios.

Además, el Espíritu no opera de manera independiente del propósito del Reino, sino que siempre nos conduce hacia la manifestación de Cristo. Su obra no es exaltar al creyente, sino revelarnos a Cristo en nosotros. No busca producir experiencias aisladas, sino formar a Cristo en nuestra vida.

Esto protege contra los excesos y las distorsiones. Porque cuando el Espíritu es entendido correctamente, la vida espiritual no se basa en emociones fluctuantes ni en manifestaciones externas, sino en una transformación interna que se expresa de manera coherente y constante.

Así, la dinámica del Espíritu Santo es el elemento que mantiene en equilibrio toda la vida cristiana. Él aplica la cruz

sin llevar al creyente a la condenación, revela la identidad sin producir orgullo, y posiciona en Cristo sin generar pasividad. Es quien sostiene la tensión gloriosa entre la posición y el proceso, haciendo que ambas realidades se integren de manera armoniosa.

En este contexto, se hace evidente que una iglesia que no vive bajo la dinámica del Espíritu inevitablemente caerá en desequilibrios. Porque sin el Espíritu, la cruz se vuelve legalismo, la gracia se vuelve permisividad, y la identidad se vuelve teoría. Pero cuando el Espíritu gobierna, todo encuentra su lugar y su expresión correcta.

Esto nos lleva al último desarrollo de este libro: la manifestación de una iglesia equilibrada, que no solo entiende estas verdades, sino que las vive y las expresa como comunidad, reflejando el Reino con poder y verdad.



Capítulo quince

UNA IGLESIA EQUILIBRADA

La plenitud del evangelio no se revela únicamente en la experiencia individual del creyente, sino en la vida corporativa de la Iglesia. Porque todo lo que Dios ha diseñado en Cristo, la cruz, la resurrección, la identidad, la autoridad y la vida en el Espíritu, encuentra su máxima expresión cuando es vivido en comunidad. La Iglesia no es una suma de individuos espirituales, sino un cuerpo, una casa, una expresión visible del Reino de Dios en la tierra.

Sin embargo, así como el creyente puede caer en desequilibrios al comprender parcialmente la cruz, también la Iglesia puede desviarse cuando no sostiene la totalidad del evangelio. Una iglesia desequilibrada puede enfatizar la cruz sin la resurrección, produciendo comunidades cargadas, introspectivas y sin gozo; o puede enfatizar la vida sin la cruz, generando ambientes superficiales, emocionales y sin transformación real. El llamado, entonces, es a una iglesia que viva en la integridad del mensaje: muerte y vida, posición y proceso, gracia y verdad.

La predicación es uno de los pilares fundamentales en esta construcción. Una iglesia equilibrada no anuncia un evangelio reducido, ni adaptado a las preferencias humanas, sino el evangelio completo del Reino. No evita la cruz por incomodidad, ni exagera la exigencia hasta convertirla en legalismo. Presenta la verdad en su totalidad, revelando tanto la obra consumada como la vida que emana de ella.

El apóstol Pablo lo expresó con claridad al decir: ***“Porque no me propuse saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado”*** (1 Corintios 2:2). Pero este Cristo crucificado no puede ser separado de su resurrección, ni de su exaltación. Es el Cristo completo, el que murió, resucitó y reina, el que vive en Su Iglesia y se manifiesta a través de ella.

Cuando la predicación es equilibrada, produce discípulos maduros. Y este es el segundo elemento esencial de una iglesia saludable: no solo creyentes, sino discípulos. Personas que no solo han experimentado una conversión inicial, sino que han sido formadas en la verdad del Reino, que entienden su identidad en Cristo y que viven desde esa realidad.

Un discípulo maduro no es aquel que no tiene luchas, sino aquel que ha aprendido a vivir desde su posición en Cristo en medio de ellas. No es quien ha alcanzado una perfección externa, sino quien vive en dependencia del Espíritu, alineando su vida con la verdad. Es alguien que ha

pasado por la cruz, que vive desde la resurrección y que expresa la vida de Cristo de manera creciente.

Efesios 4:13 describe esta meta con precisión: *“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”*. Esta madurez no es individualista, sino corporativa. Es la Iglesia creciendo como un cuerpo, reflejando cada vez más la naturaleza de Cristo.

Una iglesia equilibrada también manifiesta el Reino con poder y verdad. No se limita a enseñar principios, sino que expresa la vida del Reino en su práctica. La autoridad espiritual no es una teoría, sino una realidad operante. La gracia no es un concepto, sino una experiencia. La transformación no es una promesa, sino un fruto visible.

Jesús declaró: *“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia”* (Mateo 6:33). Este Reino no es una idea abstracta, sino una realidad que se manifiesta donde Dios gobierna. Y la Iglesia está llamada a ser ese lugar donde el gobierno de Dios es visible, donde Su voluntad se expresa, donde Su vida fluye.

Esto implica una comunidad donde la cruz ha sido abrazada, donde el yo no es el centro, donde la dependencia del Espíritu es una práctica constante. Una iglesia donde la identidad en Cristo es clara, donde la autoridad se ejerce con humildad, donde la fe del Hijo se vive de manera práctica.

También implica relaciones restauradas. Porque una iglesia equilibrada no solo manifiesta poder espiritual, sino también el carácter de Cristo. El amor, la paciencia, la unidad, la honra mutua, son evidencias de que la vida de Cristo está operando. No se trata solo de dones, sino de fruto; no solo de manifestaciones, sino de transformación.

Además, una iglesia así se convierte en un testimonio para el mundo. No por estrategias humanas, sino por la vida que expresa. Jesús dijo: ***“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”*** (Juan 13:35). Este amor no es natural, es el resultado de la vida de Cristo manifestándose en comunidad.

Sin embargo, esta clase de iglesia no se construye automáticamente. Requiere una visión clara, una predicación fiel y una dependencia constante del Espíritu. Requiere líderes que no busquen control, sino formación; que no apunten a sí mismos, sino a Cristo; que no construyan sobre el ego, sino sobre la cruz.

También requiere creyentes dispuestos a crecer, a ser confrontados, a rendirse, a vivir en la verdad. Porque la iglesia equilibrada no es el resultado de un programa, sino de una vida compartida en Cristo.

Así, la Iglesia se convierte en el lugar donde el evangelio hacia la cruz y desde la cruz se vive de manera tangible. Donde la muerte al yo no es un concepto, sino una práctica; donde la vida de resurrección no es una idea, sino

una realidad; donde la identidad en Cristo no es una enseñanza, sino una experiencia.

Y en esa expresión, el Reino de Dios se hace visible en la tierra. No como una teoría, sino como una manifestación viva, dinámica y transformadora.

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”.

Mateo 5:14 al 16



CONCLUSIÓN

“La cruz como umbral, no como destino”

A lo largo de este camino hemos contemplado la cruz desde distintas perspectivas, no como un elemento aislado dentro del evangelio, sino como el punto central donde todo converge y desde donde todo emerge. Sin embargo, para que esta revelación sea completa, es necesario afirmar con claridad una verdad que redefine la experiencia cristiana: la cruz no es el destino final del creyente, es el umbral.

Durante mucho tiempo, la cruz ha sido presentada únicamente como el lugar de sufrimiento, de renuncia, de negación, y aunque estos aspectos forman parte de su significado, no la definen en su totalidad. La cruz no fue diseñada por Dios como un estado permanente de muerte, sino como la puerta a una vida completamente nueva. Es el lugar donde algo termina, pero también donde algo infinitamente superior comienza.

Jesús no solo murió, sino que resucitó. Y esa resurrección no es un complemento opcional del mensaje, sino su culminación. Porque si la cruz pone fin al viejo hombre, la resurrección revela al nuevo. Si la cruz desmantela el yo, la resurrección manifiesta a Cristo. Si la cruz quita lo que estorbaba, la resurrección establece lo que permanece.

Por eso, el creyente no está llamado a vivir en la cruz como un estado permanente de introspección o de muerte constante, sino a atravesarla para vivir en la realidad de la resurrección. No se trata de permanecer en el proceso de morir, sino de vivir desde la vida que ha sido impartida. La cruz no es el lugar donde nos quedamos, sino el lugar por donde pasamos.

El apóstol Pablo lo expresa con una profundidad extraordinaria cuando dice: ***“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”*** (Colosenses 3:3). La muerte ya ocurrió; ahora la vida está en Cristo. El enfoque ya no está en morir, sino en vivir desde esa muerte consumada.

Esto no elimina la dinámica diaria de tomar la cruz, pero la redefine completamente. Ya no es un esfuerzo por alcanzar una muerte que parece lejana, sino la expresión de una muerte que ya ha sido realizada en Cristo. Ya no es una carga que se lleva con dificultad, sino una puerta que se atraviesa con fe.

La vida cristiana, entonces, comienza verdaderamente después de la cruz. Comienza cuando dejamos de mirarnos a nosotros mismos y comenzamos a vivir desde Cristo. Cuando dejamos de intentar ser y comenzamos a manifestar lo que ya somos en Él. Cuando dejamos de esforzarnos por sostener nuestra vida espiritual y comenzamos a ser sostenidos por la vida de Cristo en nosotros.

Este es el llamado del evangelio: no solo venir a la cruz, sino vivir desde ella. No solo reconocer lo que Cristo hizo, sino habitar en esa realidad. No solo morir al yo, sino vivir en Cristo plenamente.

Porque el propósito de Dios nunca fue simplemente corregir al hombre, sino introducirlo en una nueva vida. No fue mejorar la vieja creación, sino establecer una nueva. No fue producir individuos religiosos, sino hijos que vivan en comunión con Él y manifiesten Su Reino en la tierra.

Y es en este punto donde todo converge: la cruz, la resurrección, la identidad, la autoridad, la fe, el Espíritu... todo apunta a una misma realidad: Cristo viviendo en nosotros. ***“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27).*** Esta es la esencia del evangelio, el misterio revelado, la vida que transforma todo.

El llamado final, entonces, no es a intentar vivir esta vida, sino a rendirnos a ella. No es a esforzarnos por alcanzar, sino a creer y a descansar. No es a mirar constantemente la cruz como un símbolo de muerte, sino a verla como la puerta que nos introdujo en la vida. Porque la cruz no solo es el final de la vieja vida, sino que también es el comienzo de la nueva.

Es el umbral por donde dejamos atrás nuestra antigua manera de existir y entramos en la vida de Cristo. Es el punto donde el Reino deja de ser una promesa lejana y se convierte en una realidad presente. Es el lugar donde el yo es reemplazado por Él, donde la debilidad es absorbida por Su

poder, donde la vida humana es transformada por la vida divina.

Desde ese umbral, somos llamados a vivir plenamente en Cristo. A caminar en el Espíritu, a manifestar Su naturaleza, a ejercer Su autoridad, a reflejar Su carácter, a ser una expresión viva del Reino de Dios en la tierra. No como un ideal inalcanzable, sino como una realidad posible.

Así, el evangelio hacia la cruz y desde la cruz encuentra su plenitud: morir para vivir, perder para ganar, rendirse para reinar, dejar de ser para que Él sea. Y en esa vida, descubrimos que todo lo que buscábamos fuera de Cristo, ya lo hemos recibido en Él.

Porque en Cristo... todo ha sido consumado, para que todo pueda comenzar y así mismo terminar... Por eso pudo decir con toda autoridad:

***“Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin,
el primero y el último”.***

Apocalipsis 22:13



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda

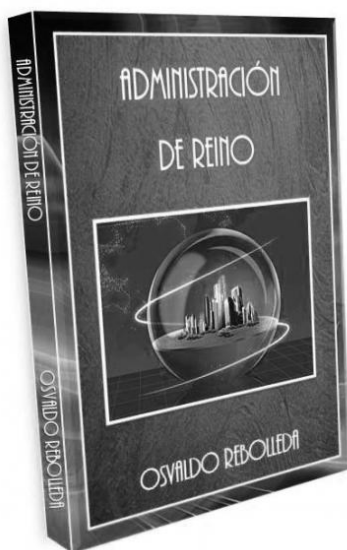


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

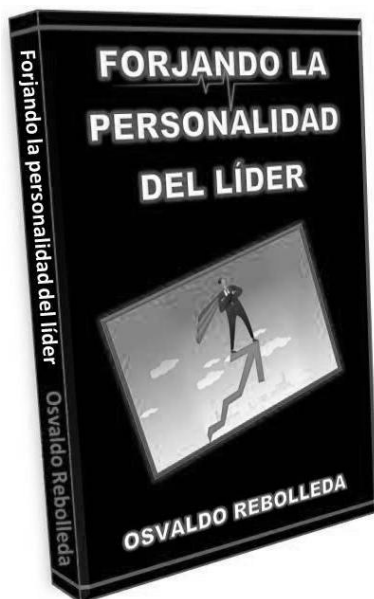
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

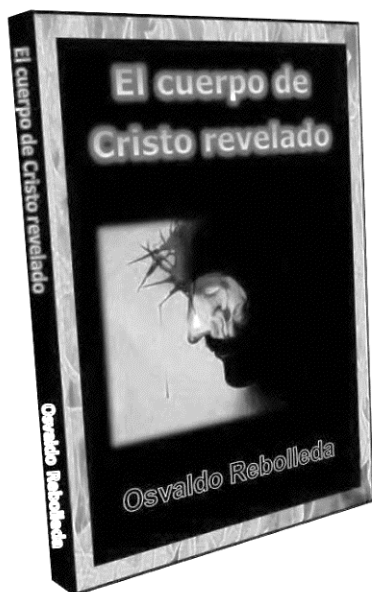
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

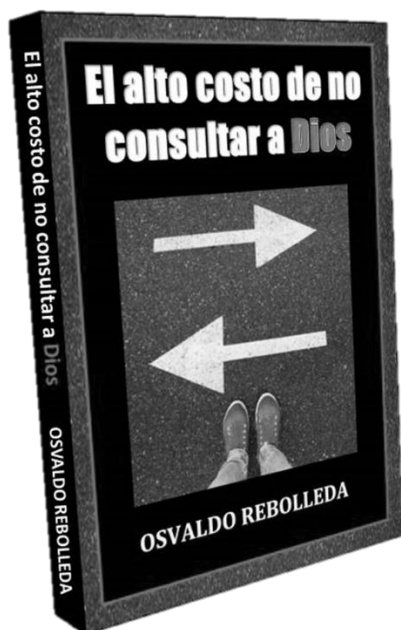


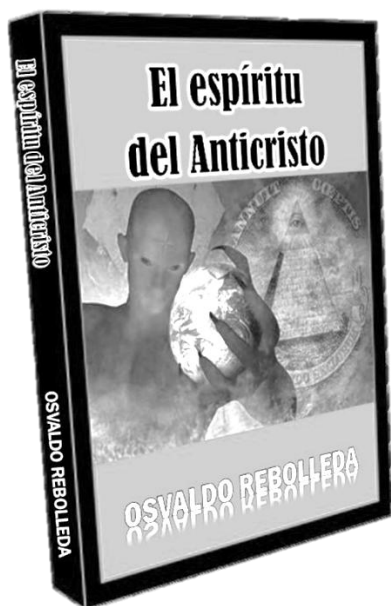
www.osvaldorebolleda.com



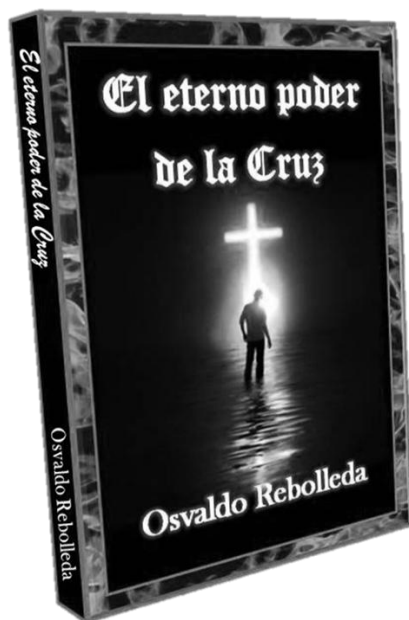
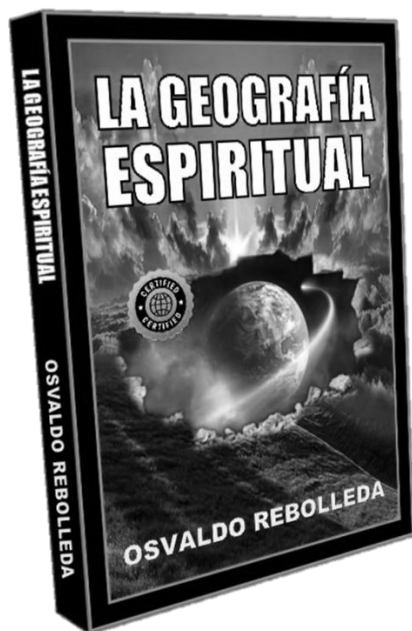


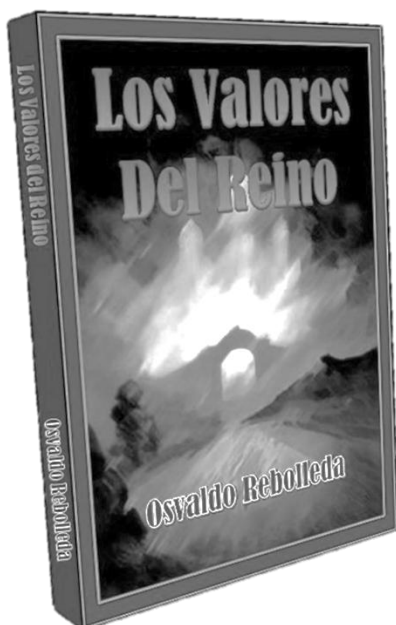
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

